

“El país que imaginamos”

Educación y ciudadanía: cómo llegamos al bicentenario

En el marco de la Feria Bicentenario “El país que imaginamos” se realizaron talleres extracurriculares de filosofía con niñas y niños. A partir de su experiencia como facilitadora, la autora plantea la urgencia de desarrollar buenos hábitos referidos al pensar en comunidad sobre nuestro país, y cómo la escuela puede contribuir a desarrollar el hábito de pensar y dialogar de manera crítica.

PALABRAS CLAVE:

Bicentenario,
Ciudadanía
democrática,
Educación,
Pensamiento crítico.

“The country we imagine”. Education and citizenship:
how we arrived at the Bicentenary

Extra-curricular philosophy workshops were held with children at the Bicentennial Fair: “The Country We Imagine”. From her experience as a facilitator, the author raises the urgency of developing good habits related to thinking in community about Peru, and how the school can contribute to develop the habit of critical thinking and dialogue.

KEYWORDS:

Bicentenary,
Democratic citizenship,
Education,
Critical thinking.

ALESSANDRA DIBOS GÁLVEZ

Licenciada en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), magíster en Filosofía de la Educación por la Universidad de Toronto (Canadá) y diplomada en Filosofía para Niños por el Instituto para la promoción de la filosofía con niños de la Universidad de Montclair (IAPC- Nueva Jersey) y por el Centro Latinoamericano de filosofía para niños (CELAFIN, México). Durante el 2019 diseñó e implementó talleres de filosofía con niños en diferentes ciudades del país en el marco del Proyecto Bicentenario “El país que imaginamos.”



★ EL PAÍS que IMAGINAMOS

Centro de Recursos
para la Ciudadanía



¡Estamos en Culturaymi!
Parque de la Exposición



Del 27 de julio al 11 de agosto

Partiendo de una perspectiva de educación ciudadana democrática y de mi experiencia como facilitadora de talleres extracurriculares de filosofía con niñas y niños, en este artículo responderé a la pregunta de cómo llegamos a nuestro bicentenario de la independencia. Comenzaré compartiendo parte de los resultados y aprendizajes que extrajimos de los talleres de filosofía con niñas y niños que se realizaron durante el 2019 en tres ciudades del país, en el marco de las ferias ciudadanas organizadas por el Proyecto Bicentenario.¹

En el contexto de las celebraciones públicas por el bicentenario, el objetivo de los talleres era abrir un espacio donde menores de diferentes edades —y sus acompañantes: familiares y docentes, principalmente— se animaran a pensar sobre lo que creemos saber —y querer— de nuestro país, así como de nosotros mismos, como ciudadanas y ciudadanos del Perú. El tema

central de los talleres era “El país que imaginamos”, y optamos por plantear dos preguntas orientadoras para la reflexión y el intercambio: ¿cómo es el Perú en el que quisieras vivir? y ¿qué tipo de persona/peruano quisieras ser en ese Perú que imaginas?

Como los talleres se realizaron en espacios públicos abiertos a todas las personas que quisieran participar, la metodología debió ser flexible para adaptarse y responder a un público diverso, en ocasiones con una marcada diferencia de edades, como niñas y niños de 10 años acompañados por abuelos de 60 años a más y con hermanos de 4 años o menores.

Una situación significativa versátil con la cual “engancha” a un público diverso para “pensar juntos el país que imaginamos” fue tararear la canción *Me llamo Perú*, del compositor Augusto Polo Campos. A partir de ella, resaltamos cómo el coro con cada letra de *Perú* expresa determinados valores o ideales respecto de los cuales se podía reflexionar, discutir, cuestionar, reafirmar o reformular como mejor nos parezca. ¿Queremos llamarnos Perú con *R* de rifle? ¿Por qué sí, por qué no? ¿Queremos llamarnos Perú con la *E* del ejemplo? ¿Ejemplo de qué? ¿Ejemplo para quién? ¿Nos gusta o nos identifica llamarnos Perú con *U* de unión? ¿Qué significa la unión? ¿Somos un país unido? ¿Qué nos une —o desune— como peruanos? ¿Qué quisiéramos que nos una? ¿Qué podría ayudar a unirnos? Para ser unidos, ¿requerimos ser iguales? ¿Requerimos sentir y/o pensar igual? ¿Por qué? Las precedentes son algunas de

¹ Los talleres de filosofía con niñas niños tuvieron lugar en el marco de las Ferias Bicentenario “El país que imaginamos”, que formó parte del Programa Cultural de los Juegos Panamericanos Lima 2019, *Culturaymi*, del 27 de julio al 31 de agosto del 2019, en el Parque de la Exposición de Lima. Se realizaron 35 talleres dirigidos a niñas y niños, pero abiertos al público general, por lo que participaron con sus acompañantes. En Lima, en los talleres intervinieron aproximadamente 700 personas, entre mayores y menores; y en Arequipa y Tacna hubo 12 talleres, con alrededor de 250 participantes, en octubre y noviembre del 2019. Lamentablemente, los talleres programados para el 2020 en diferentes regiones del país se cancelaron debido a la pandemia que estalló en marzo del 2020.



las preguntas que motivaron y orientaron el intercambio y diálogo en los talleres.

A partir de las preguntas motivadoras formábamos grupos pequeños para que conversaran, intercambiaran ideas y propusieran los ideales o valores que querían asociar con el nombre de nuestro país, o que significaran o representaran el “Perú” según su punto de vista; es decir, el taller buscó convertirse en una pequeña *comunidad de diálogo filosófico*.²

En efecto, el diseño del taller tuvo como inspiración y referencia central el programa de filosofía con niñas y niños de Lipman y Sharp (1992). La pregunta y el carácter indagatorio del intercambio y del diálogo entre participantes era el corazón del taller, como lo es en la llamada *comunidad de diálogo filosófico* propuesta por ambos pedagogos.

¿Qué significa que el corazón del taller sea su carácter indagatorio? Pues que su sentido, su objetivo, no es llegar a consensos sobre aquellos valores y principios

2 El programa de Filosofía para/con niños de Lipman y Sharp consiste en conformar comunidades de diálogo filosófico con los niños y niñas, donde cada uno aprende a filosofar (desarrollar habilidades de pensamiento crítico, ético y cuidante) interactuando con los otros miembros de la comunidad (sus pares y la maestra). Así entendida, la comunidad de diálogo es sustancial al programa de FpN: es allí donde se practica la cooperación y la construcción conjunta de conocimiento sobre asuntos epistemológicos, lógicos, estéticos, éticos, sociales y políticos (Splitter y Sharp 1996).

que quisiéramos que sostengan nuestra convivencia como peruanos, sino más bien *pensar* en ellos, pero no por cuenta de cada uno —*monológicamente*— sino en diálogo; es decir, escuchando otras voces y estando dispuestos a que otras voces nos interpelen. Este ejercicio del pensar crítico incluye habilidades de pensamiento como formular y evaluar argumentos, captar sentidos en el lenguaje, tomar conciencia de los contextos, reflexionar y aplicar criterios adecuados.

Si bien la literatura sobre pensamiento crítico es muy amplia, en este caso consideraremos los rasgos distintivos del pensamiento crítico propuestos por Lipman: i) la fundamentación en criterios, ii) la autocorrección y iii) la sensibilidad al contexto (De Puig 2018). Durante un diálogo, todo ello requiere un ejercicio continuo de esclarecimiento: definir y redefinir términos, explicarlos, y hacerlo con sustento y con ejemplos que ilustren las ideas y propuestas de las personas participantes. Debido al corto espacio, en esta ocasión no desarrollaremos con más detalle cada uno de los rasgos mencionados; tampoco nos alcanza para detenernos en los fundamentos teóricos ni en la metodología del programa de Filosofía para/con Niños (FpN). Sin embargo, lo que hemos mencionado brevemente alcanza, creo, para comentar algunos aprendizajes y resultados en relación con el tema que nos convoca: ¿cómo llegamos al bicentenario, en lo que a pensamiento crítico y ciudadanía democrática respecta?

Aunque cada taller fue único, por la diversidad de edades, perfiles y proveniencias de las personas que parti-

cuparon, nos ha sido posible identificar ciertos denominadores comunes. ¿Qué hemos encontrado y qué nos revela esto sobre nuestro pensar crítico?

Las niñas y los niños más pequeños y las personas de mayor edad solieron formular nuestros motivos de orgullo en términos de recursos materiales o tangibles; y no tanto —o casi nada— en términos de actitudes y valores de la ciudadanía, como peruanos y como nación. Esto nos revela que el criterio con el que interpretamos y evaluamos la peruanidad deja en la sombra, paradójicamente, la existencia y agencia de las y los ciudadanos, y pone la atención en nuestro patrimonio natural y cultural. No obstante, cuando, como facilitadores, les hacíamos notar que se enfocaban en recursos materiales e invitábamos a considerar también retos que quisieran asumir en términos de principios y valores, los que más se repitieron como deseables y necesarios fueron el respeto, la honestidad, la no discriminación, la tolerancia y la paz (versus la violencia).

Entre niños, niñas, adolescentes y jóvenes primó un sentimiento patriótico o nacionalista particular, asociado a logros en diversos ámbitos, sobre todo deportivos y gastronómicos. Esto se explica, en parte, porque los talleres se realizaron en paralelo a los Juegos Panamericanos, en los que el Perú, además de alcanzar un buen desempeño deportivo, obtuvo éxito como país organizador. Esto revela que para fundamentar nuestro juicio sobre lo que debemos valorar y cuidar empieza a tener presencia un criterio de peruanidad más amplio, menos restringido —diferente al mencionado en el acápite anterior—, que se orienta no tanto a “objetos” sino más bien a actitudes, acciones y “resultados” de la agencia ejercida por ciudadanas y ciudadanos. Pero también se percibe un sentido histórico pobre, un manejo de nuestra historia muy básico y técnico, que es preocupante porque la conciencia histórica, el reconocimiento y la comprensión de los cambios y las permanencias a lo largo del tiempo —que nos han forjado como sociedad y nación— son piezas fundamentales de lo que Lipman considera la *sensibilidad al contexto* y de lo que varios concebimos como fundamental para la ciudadanía democrática (Valle 2021).

El intercambio y la discusión fueron notoriamente más difíciles y retadores en un inicio, cuanto más heterogéneas eran la procedencia y las edades en los grupos. Se percibía una desconfianza mezclada con timidez —y acaso con temor— de las y los participantes, al encontrarse de pronto sentados al lado de otras personas to-

talmente desconocidas, cuando la dinámica del taller requería que se entablase conversación e intercambio. Pero en no pocas ocasiones esos intercambios muy tímidos fueron ganando confianza y terreno: en la mayoría de los talleres, cada grupo se animó a salir al frente, a exponer ante todas las personas, los resultados de su diálogo en núcleos más pequeños. Fue hermoso ver, en más de cuarenta talleres en diferentes ciudades y plazas públicas, cómo representaban a su grupo, indistintamente, niñas de 7 años, abuelas de 70, escolares de 13 años, padres de familia de diferentes edades y proveniencia.

Lo que más nos interesa destacar es que la gran mayoría de participantes expresaron su satisfacción, alegría y agradecimiento por haber podido compartir sus opiniones y sentires en público, en un espacio abierto, y por haber sido escuchados, no solo por otros ciudadanos desconocidos, sino, en varios casos, por sus propios familiares: nietos oyendo a sus abuelos opinar o viceversa; padres escuchando a las madres de sus hijos exponer los resultados del intercambio de sus grupos. Ha sido revelador y gratificante ver cómo niñas y niños interactuaban no solo con sus padres y hermanos sino también con sus abuelas u otros adultos mayores. El que niñas muy pequeñas, por ejemplo, hayan asistido en compañía de sus abuelas y las vieran salir al frente para expresar su opinión y los resultados del intercambio en los grupos, puede ser muy potente y empoderador para las niñas en especial, y para los niños en general.

Esto último, si bien quizá no alcance para considerarlo como el rasgo referido a la capacidad de autocorrección —elemento del pensamiento crítico—, sobra para afirmar que la actitud de apertura, así sea en forma de disposición tímida para expresarse y escuchar —lo que posibilita eventualmente una conversación entre diferentes— no ha sido escasa: hay el recurso.


¿Qué nos revela todo esto? Los talleres para motivar a que la ciudadanía reflexione sobre nuestra peruanidad en el bicentenario sí fueron aprovechados. Las personas participantes se animaron a pensar y a dialogar, en vez de solo opinar a modo de monólogo. La metodología invitó a pensar de manera crítica-constructiva sobre aquello que somos y sobre aquello que nos gustaría cambiar o mejorar. Quienes participaron mostraron apertura y valentía para reconocer no solo motivos de orgullo sino incluso de vergüenza nacional, y para formular retos y cambios con los cuales comprometernos de modo personal y como sociedad.

En resumen, estos talleres revelaron dos aspectos — igual de importantes— a considerar y atender: por un lado, el nivel muy “en inicio” de nuestras habilidades de pensamiento crítico; y por otro, el deseo tímido, temeroso, junto con una actitud de apertura valiente para echarlo a andar y ponerlo en práctica. Sumado a esto, se reveló la alegría y el goce de menores y mayores luego de haber expresado y compartido “en comunidad” los resultados de su ejercicio de pensar el Perú que imaginan.

Con tristeza, me parece que es así como llegamos al bicentenario: pobres de buenos hábitos del *pensar en comunidad* sobre nuestro país. Llegamos al 2021 lejos de ser excelentes en pensar de modo crítico, creativo y, a la vez, ético-cuidante. Adrede he utilizado el calificativo *excelente*, porque me interesa resaltar que el pensamiento crítico es considerado una virtud que, como todas —sostiene Aristóteles— se va forjando con la práctica o el ejercicio. Así como una cantante, por ejemplo, se ha vuelto *excelente* practicando el canto, es decir, cantando, y una buena periodista, un buen maestro, se han ido “haciendo buenos en lo que hacen” precisamente haciendo bien eso que hacen; así, del mismo modo, aprendemos a pensar críticamente y nos volvemos pensadores críticos ¿cómo? Pues practicando el *pensar de manera crítica*. El mismo principio se aplica a la educación para la ciudadanía democrática. Su objetivo es que cada estudiante desarrolle competencias que le permitan no solo desplegar una serie de capacidades cognitivas y afectivas, sino también aportar y sostener una cultura democrática sin la cual los sistemas democráticos no prosperan. Si nuestra cultura democrática —como nuestras habilidades para pensar críticamente— está en el nivel de “inicio,” no es porque no podamos “progresar” o porque estemos destinados a ser mediocres en ello, sino porque no hemos cultivado esos hábitos lo suficiente, a lo largo de estos 200 años de historia republicana. Porque, siguiendo a Aristóteles, los hábitos se tornan en eso, en hábitos, solo si los practicamos *habitualmente*, es decir, constante y sostenidamente, a lo largo de la vida.

Al diseñar los talleres de filosofía con niñas y niños —y con personas adultas, ya que así terminaron siendo— tuvimos claro que su finalidad sería constituirse en espacios y oportunidades precisamente para practicar el pensar de manera crítica sobre nuestra identidad como personas y como sociedad peruana, para practicar el diálogo —democrático— entre diferentes. Y necesitamos con urgencia cada vez más espacios donde practicar *el pensar dialógica y democráticamente*. Al haberlo

hecho —así fuera en un nivel de inicio—, llegamos al bicentenario, además de con tristeza, también con esperanza. Esto, por haber constatado la apertura, disposición y hasta avidez y necesidad urgente de participar en espacios de intercambio honesto, reflexivo, dialogante, constructivo.

En el terreno de la educación, sin duda en nuestro país se vienen haciendo esfuerzos para expandir y fortalecer el desarrollo de las competencias necesarias para una ciudadanía democrática; pero queda claro que no son suficientes. Se requiere complementar todo —o replantearlo— desde una orientación más integral hacia la transformación de las escuelas en espacios reales que inviten, acojan, orienten y promuevan la práctica —el hábito— de pensar y dialogar de manera crítica, creativa y *cuidante*, en comunidad. Espacios inclusivos para estudiantes, madres, padres, abuelas, abuelos, docentes, autoridades. Porque así como *una golondrina no hace el verano*, una clase en la que se conversa, dialoga y discute sobre el país que somos y que queremos ser, solo un día o dos a la semana; una sola actividad para conversar sobre eso durante el trimestre; una que otra elección de municipio escolar; un taller sobre *el Perú que imaginamos*; una tarde de cine con chicas y chicos para discutir documentales o películas desde una perspectiva de ciudadanía democrática; una o dos visitas o discursos de autoridades con motivo de las Fiestas Patrias, o cualquier otra actividad esporádica y no habitual, ¿cómo podrían hacer que ese pensar se convierta en hábito? 

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

DE PUIG, Irene (2018). *Aprender a pensar: la práctica de la filosofía en la escuela*. Buenos Aires: Novedades Educativas.

LIPMAN, Matthew y Ann Margaret SHARP (1992). *La filosofía en el aula*. Madrid: La Torre.

SPLITTER, Laurence y Ann Margaret SHARP (1996). *La otra educación. Filosofía para niños y la comunidad de indagación*. Buenos Aires: Manantial.

VALLE, Augusta (2021). *Historia y ciudadanía: relatos del pasado para construir el futuro*. Lima: Consejo Nacional de Educación (en proceso de publicación).